

temporalmente una sujeto aún insuficientemente historizada, aún insuficientemente simbolizada.

Me parece que tan necesario como construir la diferencia mujer como una identidad "otra" que la masculina, es diversificar la otredad de la(s) mujer(es), pluralizando identidades singulares diseminantes de múltiples formas de lo femenino.

Si comprendemos lo masculino y lo femenino como intermitencias permanentes, podemos jugar, en el pensamiento, con la construcción de identidades basadas en la movilidad de los dos términos, de manera que la oposición pueda neutralizarse por indiferenciación o aglutinamiento, concentrarse en uno de los extremos, o equilibrarse en la equidistancia entre ambos, proponiendo, entonces, identidades apartadas de la determinación a que obliga la exclusividad de pertenencia a un orden de género, a un orden sexual. Para construir nuevas identidades es necesario pasar por un proceso de (des)generamiento de otros órdenes y de otras relaciones entre los términos de la oposición masculino/femenino. Pensar en sujetos que aglutinen en sí ambos términos, como aspectos intercambiables de una identidad móvil, que puede hacerse actualizable en experiencias específicas y transitorias del cuerpo sexuado, hombre o mujer; pensar en la posible producción parcial o temporal de una concentración de uno u otro término, que excluya la presencia del otro. Imaginar sujetos genéricamente múltiples o de identidades móviles, sin la sanción moral que lleva implícita la transgresión del orden rígidamente impuesto por el acatamiento a la ley de los géneros, parece productivo para una lectura de las producciones literarias en general.

Los lenguajes estéticos, en su productividad imaginaria, provocan formas de lectura que abren la heterogeneidad y la singularidad de los sujetos movilizados en las ficciones literarias y en las creaciones poéticas.

*Henry James estético*

*El sexo no es determinante de la identidad.*

Las producciones de los cuerpos actuantes exigen dejar de identificar género sexual con género cultural, como forma de desestigmatización de ciertas prácticas, en la medida que no están dentro del discurso tradicional de la construcción de los géneros. Los discursos dominantes han confundido las prácticas y los usos impuestos por la costumbre con verdades naturales.

Alteridades corporales producen eróticas de los cuerpos que, en sus prácticas, operan transformaciones de los sujetos en otros/otras por efectos de juegos de apariencias y experiencias, que contradicen lo reproductivo de los discursos dominantes, servidores de órdenes morales universales que son reiteradamente contradichos por otras prácticas experienciales. Aunado que existan escenas corporales propias y específicas de una u otra sexuación, estas no constituyen ya de forma inamovible identidades permanentes. La disposición biológica del cuerpo-mujer para reproducir la especie no podría ser rasgo determinante de identidad (materna) para todas las mujeres.

Es en esta producción de identidades múltiples que pienso que la categoría de "femenina" en su actual semantización, universaliza lo dominante y excluye particularidades aún no construidas en los discursos de lo femenino. Los textos escritos por mujeres, en su pluralidad, significan las intermitencias acerca de los re-posicionamientos de un signo en tránsito.

#### LITERATURA DE GÉNERO. DIFERENCIAS. TRADICIONES

La amplitud de la actual producción de mujeres requiere construir especificidades y diferencias entre los textos.

El trabajo de lectura crítica marca diferencias, relaciona los textos con la historia, con sus contextos de producción. Hace evidente sus tensiones internas. Las referencias intra e

intertextuales, las relaciones con la historia literaria, con las fronteras genéricas y, en general, con aquellos materiales específicos con que los textos operan sus sentidos, permite establecer, en particulares resultados de lectura, los sentidos culturales que abren conexiones plurales de los textos producidos por una sujeto mujer. Como categoría de lectura, la perspectiva de género funciona como conexión con otros elementos y propiedades del discurso literario (procedimientos de enunciación, contexto, recepción).

Los textos escritos por mujeres han carecido de una recepción crítica que señale diferencias al interior de una producción cuyo único modo de sanción ha consistido, hasta ahora, en reconocer su existencia en el corpus de lo femenino, que la fija en un lugar de recepción cerrado.

En nuestro país ha sido habitual que algunos críticos literarios se refieran a la producción de mujeres en grupos que reúnen a dos o tres autoras, sólo por razones de fecha de publicación. Esa forma de hacer crítica revela una intención extra literaria, que afirma su carácter minoritario. Gesto político conciliatorio con un corpus que no puede ya ser eludido, pero al que no se le otorga status en el campo de la historia y la institución de la literatura.

Las relaciones de los textos de mujeres con el contexto de producción y recepción, así como su inserción en el campo intelectual producen tensiones diferenciadas que la crítica aún no ha establecido.

No todos los textos pueden inscribirse en los mismos modos de recepción crítica y en una misma oferta de lectura. Las distintas escrituras se marcan también por sus potencialidades de ser consumidas por públicos diferenciados.

Desde la práctica crítica feminista que se ha desarrollado en nuestro país, se ha potenciado la construcción e instalación de un corpus literario de mujeres, aún desarticulado, aún

## INTRODUCCIÓN ¿qué ha hecho la mujer la feminista?

deshistorizado. El objetivo principal ha sido escenificar y generar espacio para una producción hasta ahora ausente, ejerciendo una política de recuperación de nombres excluidos y buscando significar los discursos literarios emergentes de las mujeres escritoras. Los elementos conceptuales específicos para generar lecturas productivas de esos textos, en relación con su contemporaneidad y con la historia, son aún dispersos y reclaman la necesidad de su inserción en la historia literaria, de establecer sus diferencias, de singularizar sus relaciones con la historia, con los géneros literarios, con las tradiciones y sus rupturas, con la ruptura de las tradiciones<sup>6</sup>.

La pregunta por el lugar de la escritura de mujeres en la tradición, es una pregunta política por el lugar de la mujer escritora en la historia de la literatura. La mujer como sujeto social minoritario, sujeto de no poder, en el decir de Celia Amorós<sup>7</sup>, por su ilegitimidad social carece de garantía en los espacios de producción simbólica. Esta ambigüedad le ha permitido a la mujer escritora acceder al poder de la palabra por vías siempre oblicuas: unas, en la casi total adscripción a las leyes textuales masculinas, es decir, sin contradecir cánones; otras, asumiendo su descentramiento social, se han visto obligadas a la institución de múltiples "estrategias del débil"<sup>8</sup> —políticas-sexuales, textuales-corporales—, para con rendimientos individuales diversos, contribuir a indicar señales de tránsito e instalación en los espacios de poder intelectual. En cada caso, las mujeres han advenido a ese lugar con un rango de

<sup>6</sup> Adriana Méndez Ródena, "Tradición y escritura femenina", en *Escritura en los bordes*, op. cit.

<sup>7</sup> Celia Amorós, op. cit.

<sup>8</sup> Josefina Ludmer, "Fretas del débil", en *La sartén por el mango*. Patricia González y Eliana Ortega, eds. Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1980.

excepción entre su género, como "allegadas" al poder masculino, incómodas, en "el texto de la escritura", el que implica "hacer" y "tomarse la palabra". Se toman lo ajeno, están fuera de lugar, no conocen su lugar<sup>9</sup>. La imagen y el lugar de la mujer escritora son precarios, insuficientes como garantía de producción simbólica. Si bien en la actualidad no podríamos hablar de marginaciones con las mismas connotaciones que significaba este término en los años '70 —la historia del acceso de las mujeres en el campo literario no es estática— sabemos que hoy la "suave violencia" de que ha hablado Bourdieu<sup>10</sup>, perpetúa modernas formas de misoginia que obstaculizan la alteración que significa el ingreso de nuevos corpus de escritura al canon, como asimismo resiste a la figura de la escritora y su poder disruptor en las tradiciones vigentes. Es en este sentido que Silvia Molloy ha señalado que el lugar social de la mujer escritora aún está por construirse<sup>11</sup>. Lugar social de aval a los textos escritos por mujeres, con poder de interlocución e intervención en la historia, porque hasta la actualidad "Cada generación de escritoras se ha encontrado en un sentido sin historia, y se ha visto forzada a redescubrir de nuevo el pasado, imaginando una y otra vez la conciencia de su sexo"<sup>12</sup>.

Si bien la década de los '80 dio nuevas señales para el lugar de las mujeres en el campo literario, lugar que las postdiciadadas latinoamericanas afianzan, en la década del '90, con la

9 Adriana Valdés, "Escritura de mujeres: una pregunta desde Chile", en *Composición de lugar*. Santiago: Editorial Universitaria, 1995.

10 Bourdieu, Pierre. "Una suave violencia", en *Revista La Piragua*, Uruguay, 1996.

11 Silvia Molloy, "De Marginaciones y desvíos: dónde leer los textos de las mujeres". Ponencia leída en el Congreso del Instituto Internacional de literatura Iberoamericana. Stanford, julio, 1985.

12 Elaine Showalter. Citada por Adriana Méndez Ródena en "Tradición y escritura femenina", op. cit.

apertura del mercado a la "literatura femenina" (situación que le hace decir a Lucía Guerra: "Su escritura es un nuevo devenir que le permite participar activamente en la cultura, constituye el engendro de otras historias que modificarán, de manera significativa, los rasgos evolutivos del signo mujer"<sup>13</sup>), es necesario no abandonar una actitud de sospecha en relación a los modos en que estas escrituras, acogidas por el mercado, trabajan el signo mujer. Los lenguajes requeridos por el mercado no suelen coincidir con escrituras que enuncian una voluntad crítica a los condicionamientos del sistema. No todo nuevo "signo mujer" interroga la diferencia mujer, ni la histórica exclusión de lo femenino.

En su reciente libro, *Lo que se hereda no se burta*, la crítica literaria Eliana Ortega<sup>14</sup>, destaca el trabajo crítico de muchas mujeres de "leer a mujeres que han permanecido relegadas de los cánones oficiales; otras han releído a las "grandes excepciones", figuras pioneras, madres fundadoras", como un modo de establecer genealogías, destacando la necesidad y la función que cumple el hacer genealogía de mujeres. Ortega propone su trabajo de crítica feminista como "genealogista". Dice Ortega, citando a Aurea María Sotomayor: "el genealogista pasa por la historia como por los laberintos subterráneos que debemos atravesar para poder valorar la derrota del mito notaur por nosotros... Hallará la dispersión, no la unidad, azares y no causalidades, pasiones libres de razones".

Esta posición se vuelve coherente al interior del trabajo desarrollado por importantes críticas anglosajonas y sus diversas formas de rescatar tradiciones de mujeres. Desde la

13 Lucía Guerra, *La mujer fragmentada: historias de un signo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1995.

14 Eliana Ortega, *Lo que se hereda no se burta: ensayos de crítica literaria feminista*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1996.

Eliana Ortega: "Genealogista"

construcción de representaciones de lo femenino para destacar su diferencia con las construcciones sexistas y minorizantes de lo femenino que ha construido la literatura hegemónica, hasta la revisión de cánones y conceptos de tradiciones que excluyen la producción de las mujeres (Showalter, Spacks y otras).

El trabajo de construir tradición de mujeres resulta necesario como constitución de un corpus que no podría permanecer en un afuera desinstalado del corpus dominante, pero el requerimiento de una crítica feminista es construir sentidos de los textos, como productividad cultural que pueda intervenir y ampliar los corpus masculinos, cerrados en corrientes, generaciones, épocas, sin posibilitar cruces y transversalidades textuales. Pienso en una crítica feminista que abra la historia literaria, que quiebre linealidades, cronologías en una producción de lecturas desestructuradoras que relacionen significaciones en la productividad del lenguaje, ampliando su rendimiento a otras textualidades minoritarias.

Me pregunto por el ingreso a la historia literaria, antes que construir una historia alternativa o una historia construida desde la validación de la minoridad de lo femenino -política que no interviene el poder patriarcal.

Es en este sentido que la pregunta lacaniana<sup>15</sup> por el lenguaje como estructuración del inconsciente, el inconsciente estructurado como un lenguaje propicia elementos que en la proposición de una lectura construida como producción de significaciones surgidas del juego de los significantes y la constitución de signos, posibilita el re-conocimiento de subjetividades también en juego. Subjetividades que abren la oposición

<sup>15</sup> Jacques Lacan, "Función y campo de la palabra en psicoanálisis", en *Lectura estructuralista de Freud*. México: Siglo XXI, 1ª edición en español, 1971.

ción masculino/femenino a una pluralidad de cruces, aglutinamientos, interferencias que desdican los constructos culturales dominantes. La crítica literaria feminista puede favorecer las operaciones de lectura propiciadas desde las conceptualizaciones del psicoanálisis, de la desconstrucción y del pensamiento postestructuralista como modo de abrir la lectura a una extratextualidad que permite abarcar lo social, lo cultural, lo propiamente experiencial de los sujetos hablantes, maximizando modos de construir significaciones de los textos.

### UNA RECEPCIÓN CÓMPlice

La tradición, como producto de la ley textual, ha soportado a la mujer atrapada en una escritura y un lenguaje ajeno. Texto dominante, texto hegemónico, el texto es masculino. Desde este paradigma se ha construido el canon y las leyes de lo literario.

Al reconocer un corpus literario de mujeres, preguntarse por la diferencia, es preguntarse también por el o los lugares donde se resuelve o se dilucida la diferencia textual.

-¿En los condicionamientos previos al texto, es decir, en las condiciones de su producción (pensando que la diferencia sexual es una de las condiciones de producción del texto que actuaría sobre el lenguaje?).

-¿En el texto mismo como acto de lenguaje de diferencia, cuya materialidad proporcionaría la diferencia textual?

-¿En su recepción, es decir, en el acto de una lectura productiva de la(s) diferencia(s) textual(es), como indicios a ser elaborados en la lectura?

Desde la teoría feminista se han propuesto modelos críticos que abordan de una u otra manera estos distintos espacios para elaborar sus propuestas críticas.

*diferencia textual*

*El trabajo de construir tradición de mujeres resulta necesario como constitución de un corpus que no podría permanecer en un afuera desinstalado del corpus dominante, pero el requerimiento de una crítica feminista es construir sentidos de los textos, como productividad cultural que pueda intervenir y ampliar los corpus masculinos, cerrados en corrientes, generaciones, épocas, sin posibilitar cruces y transversalidades textuales. Pienso en una crítica feminista que abra la historia literaria, que quiebre linealidades, cronologías en una producción de lecturas desestructuradoras que relacionen significaciones en la productividad del lenguaje, ampliando su rendimiento a otras textualidades minoritarias.*

*Es en este sentido que la pregunta lacaniana<sup>15</sup> por el lenguaje como estructuración del inconsciente, el inconsciente estructurado como un lenguaje propicia elementos que en la proposición de una lectura construida como producción de significaciones surgidas del juego de los significantes y la constitución de signos, posibilita el re-conocimiento de subjetividades también en juego. Subjetividades que abren la oposición*

para no ser como un lector  
RAQUEL OLEA

Cuando, hace ya algunas décadas, las mujeres escritoras -narradoras, poetas, ensayistas- comenzaron a preguntarse por la diferencia de su escritura, como otra que la masculina, iniciaron -sabiéndolo o no- una cadena de fracturas a los sistemas de signos sexuales, genérico-sociales y culturales, legitimados por siglos de hegemonía masculina.

Si la clase, las condiciones de producción, las determinantes biográficas y psicológicas, las determinantes sociales y geográficas, entre otros rasgos extraliterarios, habían proporcionado material de interrogación para productivizar los textos, el género sexual había permanecido intocado como variable de influencia en las condiciones de producción y recepción de los textos.

Las corrientes que insisten en la preponderancia de la lectura como operación activa de producción de sentidos del texto, asumen preguntas, desde la categoría de género, que ponen en práctica una lectura que construye diferencias -textuales y sexuales- en la operación deconstruiva de los binarismos con que ha funcionado el logocentrismo.

Desde la teoría de la recepción<sup>16</sup>, construir una lectura es

<sup>16</sup> A la llamada "Escuela de Constanza" y a autores como Roman Ingarden, Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser y otros, se les ha atribuido la fundación de la "estética de la recepción". Los investigadores que han conformado dicha dirección de los estudios literarios destacan la productividad de la obra en el encuentro del texto y su destinatario. Sus postulados emergen como respuesta a aquellas posturas que centran los sentidos de una obra en las condiciones de su producción, sin otorgar función productiva de sentidos del texto al acto de la lectura, ni a la escritura crítica. La estética de la recepción trabaja más cercanamente al estructuralismo y a la semiótica como posicionamientos que han desarrollado paradigmas teóricos que deslizan hacia la estética de la recepción, las tesis de la estética de la producción. La semiótica complementa la necesidad del emisor y el mensaje con la figura del "receptor".

Aunque la estética de la recepción no hace mención alguna a la

la construcción de un lector

texto - lectura -> texto crítico

dar concreción a los sentidos implícitos en un texto literario. Sentidos y significados que no siempre surgen de lo dicho por el texto. El texto no lo dice todo. La lectura opera, desde las anticipaciones, conocimientos, estados de conciencia, deseos de quien lee, una búsqueda de indicios dados por los significantes, las construcciones sintácticas, las escenas textuales. Leer es dar concreción a esos indicios, es producir el encuentro entre aquello que el texto dice y lo que deja de decir, para construir correlatos de significación que en el texto crítico se escenifican como sentidos de una lectura.

Estos conceptos de la lectura propician la constitución de espacios de resistencia y diálogo con pensamientos inscritos en el texto que abren la subjetividad de quien lee al encuentro con las subjetividades que se han movilizado en el proceso de escritura. Las tensiones internas que el texto establece con sus contextos (de producción, de recepción) son la mayor fuente de producción de sentidos para una lectura que se interese en interrogar los órdenes genéricos, políticos y culturales imperantes. La lectura, así comprendida, abre la escritura y los diferentes códigos -sexuales-textuales, políticos-culturales- inscritos en el texto, a una multiplicidad de efectos de lectura que el texto crítico ha de construir. La lectura pone en crisis una verdad de interpretación para dejar el texto como un potencial de producción de sentidos, siempre abierto a nuevas ilusiones de lectura.

La ilusión de la lectura

diferencia entre un receptor masculino y una receptora femenina muchas de sus interrogantes a los modos de leer, a la construcción de conexiones heterogéneas en el acto de la lectura, a la necesidad de una lectura heterodoxa y a la producción de significaciones múltiples en la lectura, al encuentro de subjetividades que se ponen en juego en el acto de la lectura, -entre otros aspectos-, resultan productivas, al ser incorporadas a una crítica que, desde la perspectiva de género, se haga cargo de estas propuestas.

*La lectura*

Recepcionar un texto asumiendo la(s) diferencia(s), implica preguntar por la significación de leer desde un posicionamiento crítico de mujer. ¿Es nuestra operación de lectura neutra sexualmente, si es regida por la institucionalidad literaria? ¿Qué leemos y cómo leemos cuando, hoy, leemos textos literarios con una voluntad política feminista? ¿Leer como feminista puede significar subversiones a los modos de leer establecidos hegemónicamente? ¿Qué operaciones de acatamiento o de desobediencias culturales pueden ejercitar estas lecturas? ¿Qué tretas, resistencias o mecanismos de torsión cultural pueden ser productivizados desde operaciones de lectura desconstructivas de significaciones fijadas?

Establecerse como lectora feminista significa hacerse cargo de múltiples interrogantes que posibiliten abrir el texto a la construcción de diferencias de lectura, respecto de los modos críticos hegemónicos.

Insistir, desde una lectura desconstruiva, en el concepto de diferencia como producción de sentidos, significa preguntarse por la materialidad de la escritura, y establecer los usos del lenguaje que (des)ordenan leyes gramaticales y sintácticos del sistema logocéntrico que ha regido la lengua, haciendo presente relaciones entre las hablas oral y escrita. Significa, también, preguntarse por el poder de los significantes en la producción de signos instituyentes de nuevos sentidos, de hacer productiva la interrogante por la diferencia en las operaciones de producción de lenguajes -fccionales, poéticos, críticos- que se ejercen desde lo literario.

La fisura abierta en esa dirección aparece irrenunciable para la ampliación de sentidos -textuales-escriturales, sociales y culturales- que surjan de una lectura que introduce la sospecha sobre lo genérico-sexual. Hablar de una lectura de diferencia es también abrir otras diferencias genérico-sexuales, aún más deslegitimadas y más estigmatizadas que lo

femenino, como es la diferencia homosexual (género no nombrado, no articulado en las economías sexuales reguladas desde los poderes dominantes), operando una desestabilización en los regímenes que han definido los códigos de lectura.

En la puesta en escena de este deseo cultural feminista, he insistido reiteradamente en la pregunta por la lectura como actividad política de productivización simbólica que se ejerce en el diálogo entre escritura ficcional o poética y escritura crítica, en la resemantización de signos que movilizan los significantes para, tendenciosamente, operativizar nuevos significados.

Lo tendencioso de una lectura ejercida desde esta operación cultural se pone de manifiesto en el deseo de mover, abrir, par(t)ir, desconstruir simbolizaciones que reproducen los signos de lo femenino, ya gastados por las representaciones masculinas, y que ya no sirven a los intereses de género de lo actual.

La más importante literatura producida por mujeres en la actualidad -no la más vendida- así como la más novedosa crítica feminista, se realiza como actividad que productiviza al máximo la ficción literaria en ese cruce de representación y producción simbólica que resitúa políticamente los sujetos de poder cultural con el interés de decir, alterar, contradecir, modificar identidades sociales y culturales, que la construcción de los géneros sexuales ha asignado a los cuerpos y sus experiencias.

La literatura escrita por mujeres ha favorecido la interrogación, la duda, el quebrantamiento de las categorías de las identidades genéricas y sexuales como circunscripciones fijas que se cumplen también en el gesto de producir ficciones y representaciones.

Si acaso se escribe -y se lee- desde la propia condición somático-cultural, es una pregunta ya instalada que, por una parte, valida la introducción de la subjetividad en la construcción

de discursos culturales y, por otra, enriquece la comprensión de la literatura y la moviliza en su producción de realidad.

Estas indagaciones nos permiten asimismo comprender históricamente por qué las mujeres han escrito como han escrito y por qué hoy escriben de otra manera, de otros asuntos. El acto creativo que rige la escritura pone en juego zonas fantasmáticas que, en las potencialidades de la cadena signifiicante, producen pulsiones movilizadoras de otros comportamientos. La lectura informada, cómplice de esa escritura, reúne una práctica cultural que dobla su rendimiento político, como medida del lugar de (no) poder que configura la inserción de los sujetos (y de los textos) en el tejido social.

Los textos constituyen cuerpos de lenguaje producidos por cuerpos sexuados y culturizados. Su inserción social está previamente marcada. Esa marca trama su ingreso al sistema de articulaciones de poder que lo nominan, lo hablan, según intereses de dominio de la escena cultural. La crítica feminista se estructura como poder que intenta redefinir el lugar de las mujeres en ese tramado social y cultural.

El trabajo de crítica que he realizado ha construido lecturas que buscan contribuir a la producción de discursos que hagan emerger sentidos latentes de los textos literarios, para operar rendimientos críticos y propositivos de imaginarios culturales movilizadores de "otras" interrogantes a las identidades y los fines de las existencias.

## I

### NARRATIVA